

Melancolía



Alexis Brito DELGADO

EDICIONES
muza INC.
TU LIBRERÍA VIRTUAL

MELANCOLÍA

ALEXIS BRITO DELGADO

EDICIONES
MUZA INC
TU LIBRERÍA VIRTUAL



Pintura Cubierta:

"Melancolía" (2009)

Autora: Guacimara Santana Juanes
(1978-...) Pintora Canaria

Diseño de Cubierta:

Rosanne Leblanc

Traducción de textos del alemán:

Evelyn Sieber M.Sc.

Depósito legal:

Biblioteca Nacional de Canadá

ISBN: 978-0-9813153-8-6

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para
todo el mundo:

© 2009, Ediciones MUZA Inc. Canadá

www.tulibreriavirtual.net

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la carátula, puede ser transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Tampoco podrá ser reproducida o almacenada con fines comerciales.

Es... ¿pero cómo creer que esa carne ardida, ese rostro resplandeciente de dolor?

Jean-Paul Sartre

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| BERLÍN ----- | 6 |
| EXTRAÑO COMO LA AMABILIDAD ----- | 16 |
| LOS HOMBRES CON FORTUNA ----- | 22 |
| LA CABALGATA DE LAS VALQUIRIAS ----- | 29 |
| LA CAMA ----- | 38 |
| ESTOY ESPERANDO AL CAMELLO ----- | 44 |
| CRASH ----- | 66 |
| SENTIDO DE DUDA ----- | 73 |
| EL CIRCO ----- | 78 |
| CANCIÓN TRISTE ----- | 85 |
| <i>ACERCA DE:</i> ----- | 96 |

1

BERLÍN

Martes, 25 de diciembre de 1973

En el exterior del local la ventisca arreciaba cubriendo de nieve los edificios de la ciudad. Sólo acertaba a tomar un trago detrás de otro, copas ardientes que no iban a proporcionarme el olvido que necesitaba, hundiéndome en mi propia miseria. El hielo saturaba los ventanales del fondo y tapaba los vidrios amarillentos de vaho, empañando la visión de las calles siniestras. Nervioso, volví a concentrarme en el mundo que me rodeaba con su podredumbre, estudiándolo desde mi asiento. Según mis cálculos, aproximadamente, debían de ser las siete de la tarde. En otros tiempos, estaría en casa con Eva, sus frágiles brazos rodeando mi torso desnudo, acostados en nuestro lecho matrimonial. En el cuarto anexo, Paula dormiría tumbada boca abajo, con los rubios cabellos diseminados en el hueco de su codo, tal como acostumbraba a hacer... Desechando mis pensamientos, me concentré en las luces oblicuas —espectros errantes sin forma ni sustancia propias— que caían sobre los rincones cubiertos de humo: paredes de roble, pinturas

eróticas manchadas de cagadas de moscas, planchas de madera desgastadas, espejos cromados, lámparas barrocas cubiertas de polvo. La humareda en suspensión de los cigarrillos era tan espesa que podía cortarse con una navaja. A la izquierda de la entrada, una barra de mármol ocupaba el ala occidental del burdel. El camarero, un hombre grueso de unos cincuenta años con aspecto de pederasta, servía las bebidas: Weinbrand, Johnnie Walker, Champagne, Gordons, y Goldwasser, con una expresión desagradable. Levanté la vista hacia el techo y la araña transparente hirió mis retinas; la intrincada maraña de ocho brazos apenas resistía su peso; daba la impresión de que iba a venirse abajo en breve. Por lo demás, el resto de la estancia estaba ocupada por pequeños reservados, cada uno separado por una pared de los otros, formando una red de pasillos interiores donde se servía a los diversos clientes. Mi compartimento estaba situado enfrente del de un grupo de hombres de negocios, que celebraban las fiestas estruendosamente, chocando sus copas sin parar.

Me revolví como un animal enjaulado; tenía la cabeza a punto de estallar. Mis sentidos estaban despiertos hasta el

punto de resultarme doloroso. La lengua, seca, se me pegaba al paladar, pese al vodka que ingería para mantener mi garganta húmeda. Retorcí las manos sobre la mesa recorriendo su superficie desde el centro hasta los bordes. La subida de la cocaína comenzaba a hacerse notar, sentía los latidos de mi corazón embistiendo mi caja torácica, sobredimensionados gracias a las líneas que había inhalado en el baño hacía diez minutos. Un atisbo de desorientación me hizo ladear la cabeza hasta casi colocarla en posición horizontal. Los músculos del cuello se tensaron como cables de acero. Rápidamente, procuré recomponerme, maldiciéndome por mi propia estupidez.

¿Estás loco?, pensé malhumoradamente. Todo el mundo se va enterar de que estás drogado.

Me encontraba fríamente distanciado de mi cuerpo. Éste era una barrera de carne que me impedía alcanzar las estrellas, como si perteneciera a una tercera persona que nada tenía que ver conmigo. Mi mente fragmentada era una sensación ambigua, cada pedazo más complejo, eterno y demente que el anterior, bloqueada por los trozos de cristal en los que me había convertido. Apenas me aferraba a la realidad desde hacía unos días, el dolor era demasiado reciente para ignorarlo. De todas formas: ¿qué demonios era la realidad? Odiaba vivir en aquel momento, temía continuar despierto debido a la intensidad de mi condena. La coca subió como una marejada: mi respiración se volvió frenética e irregular, mis párpados ardían en llamas infernales, mis sentidos se dispararon como

bengalas. A mis oídos llegaron las conversaciones de una manera nítida: susurros, gemidos, falsas promesas, caricias lascivas...

—Estuve en la guerra tres años, desde el veintinueve de abril de mil novecientos treinta y nueve...

—Los aliados desembarcaron por Normandía arrasando las líneas alemanas...

—¿En qué unidad estabas?

—En el Leibstandarte Adolf Hitler.

—¿Te acuerdas de aquella película?

—Han sucedido tantas cosas; unos dicen una, otros cuentan otra...

—¿Cuánto cobras, monada?

—¿Qué pasó cuando los americanos entraron en la guerra?

—Cada uno iba por su lado, los Panzers arrasaban con todo, nadie ayudaba a los refugiados...

—El gabinete del doctor Caligari.

—Los nazis invadieron...

Risas.

—¿Hitler tenía muchos seguidores?

—La religión...

—Servicio completo, lo que tú quieras.

—En los pueblos desaparecía mucha gente. Los sacaban de sus casas y no aparecían nunca más...

—Millones de judíos exterminados...

—Stalin...

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...

—Si sabías algo, era mejor que cerrases el pico. Si no, te pegaban cuatro fogonazos...

—¿Sabes muchos secretos, verdad?

—Sé muchas cosas que nunca diría a nadie.

—¿Conociste a Goebbels?

—Era un hijo de puta asqueroso.

Más risas.

—Minsk fue arrasada tres veces. Cuando nosotros llegamos sólo quedaban ruinas humeantes...

—¿Te apetece otro whisky?

—Entonces, tú llegaste a empuñar un arma en el frente...

—¿Todo esto es verdad?

—Naturalmente.

—¿Qué quieres que te diga, colega?

—... Cientos de disparos, bombas de aviación...

—¿Servías en Infantería?

—Dónde hiciera falta.

—¿Llegaste a fumarla?

—No, no quería envenenarme con esa mierda.

—El otro día me contaron que habían disparado contra un chaval que intentó saltar El Muro...

Risas insoportables.

—No tenía frío, ni miedo...

—Un escuadrón se quedó congelado en Colonia.

—Aquello era una tontería...

—¿Te vas Heinrich?

—Sí, tengo que ir a cenar.

—Una linda flor perfumada, a saber que linda flor...

—Bailamos hasta el amanecer, me encontré con una amiga que hacía siete años que no veía...

—Tengo un corazón de oro, me da pena de todo el mundo...

—La compasión es una pérdida de tiempo.

Sentía náuseas, una impresión horrible me atenazaba entre sus miembros afilados, amenazando con destruirme. Percibía la noche a través de un prisma, deseaba hablar de mil cuestiones demasiado importantes, pero sabía que nadie me escucharía. En el tocadiscos sonaba una pieza wagneriana. La reconocí: se trataba de El Oro del Rin. Involuntariamente, mi mente asoció la obra con los años de mi juventud: El holandés errante, Tannhäuser, Lohengrin, Tristán e Isolda, Los maestros cantores de Núremberg, El ocaso de los dioses. ¿Qué demonios hacía un disco de Wagner en el estéreo? ¿Quién se había atrevido a mancillar su nombre? ¿Estaba soñando o qué? Curiosamente, desde siempre me había sentido atraído por los clásicos de mi país. En este caso, me repugnaba la insensatez de mis compañeros de facultad: ¿cómo podían identificar su música con el Tercer Reich? ¿Por qué intentaban tergiversar una belleza que jamás comprenderían? Nunca me he considerado un patriota; de hecho, detesto cualquier tipo de nacionalismo, pero mi alma hervía al recordar lo que un grupo de locos hicieron para sembrar su semilla. Al principio, unos pocos; luego, toda una nación siguió sus pasos con los ojos vendados. ¿Cómo podía ser la gente tan estúpida? No conseguía aceptar que hubiera pasado mi adolescencia entre los rescoldos de una guerra reciente, aunque en Nueva York, gracias al absurdo espíritu de supremacía americano,

apenas lo había percibido. Las heridas se cerraban con el paso del tiempo, el mundo deseaba deshacerse de los recuerdos sangrientos, pero aquellos estigmas nunca sanarían. El nacionalsocialismo fue una enfermedad repulsiva que infectó todo lo que tocaba, convirtiendo ideales valiosos en una cáscara putrefacta. Tantas vidas malgastadas en vano: naciones sacrificadas, familias masacradas, hogares destruidos, sentimientos aniquilados, sueños arrasados...

Con una brusca sacudida volví al presente; empezaba a desvariar de nuevo. Mis ideas oscilaban aceleradas entre las oleadas mortificadoras que me consumían. Gruesas gotas de sudor recorrían mi rostro de la frente hasta las cejas, pasando en sentido descendente por los pómulos, hasta caer sobre la barbilla sin afeitarse. A pesar de mi lamentable estado, pretendía ignorar el dolor que me acechaba como un virus. Mis temores no habían surgido con plenitud, pero sabía que no tardarían en hacerlo; conocía el proceso perfectamente. Narcotizado no despertaría de mi confusión, pero prefería huir, no poseía la suficiente fuerza de voluntad para controlar la ansiedad que me desbordaba las venas. Me quedaban demasiadas horas por delante hasta que el amanecer aportara la promesa de un cambio, un segundo de respiro o el consuelo a la tristeza que me embargaba. ¿A quién le interesaba dormir? Drogándome obtenía un pequeño descanso antes de pasar al siguiente acto, hasta que el telón se desplomara sobre el escenario y me sepultara. Pensaba que el último gramo sería demasiado; estaba

equivocado. Mi cuerpo me permitía todos los abusos posibles. Vagos remordimientos se instalaron en la parte posterior de mi cerebro: ¿qué demonios estaba haciendo? Con un escalofrío, aparté aquella cuestión de mi mente; no tenía sentido atormentarme por dilemas morales. ¿Qué era lo correcto o lo incorrecto? Mis verdaderos problemas comenzaban en aquel punto. ¿De qué me servía preocuparme por mi bienestar? Una áspera carcajada afloró en mis labios: en el fondo continuaba siendo un imbécil.

No debería plantearme el mañana, pensé con ironía. No me quedan suficientes motivos para permanecer con vida.

Anhelaba poder enterrar los motivos que me habían conducido a aquel punto sin retorno, romper las cadenas que aumentaban de tamaño sobre mis miembros temblorosos, rodeando mi cintura y atrapando mis tobillos; su peso me derrumbaría, quizá de manera definitiva. Las escasas camareras atendían las mesas, fatigadas, con rostros fantasmagóricos velados por la marginalidad, sin ninguna pasión por lo que estaban haciendo. Aburrido, me fijé en la chica que servía el reservado de mi diestra. Llevaba una especie de uniforme casero: camiseta de manga larga, falda oscura hasta los tobillos, botines negros de punta cuadrada. A diferencia de las fulanas que trabajaban en aquel antro, aquellas muchachas apenas iban maquilladas, sus cuerpos estaban bien ocultos sin mostrar más carne de la imprescindible. Indiferente, continué mi análisis, dándome cuenta de que estaba

embarazada. Se trataban de unos pocos meses, cuatro a lo sumo; la suave curva del abdomen contrastaba con su cintura de avispa. ¿Qué edad tendría? ¿Quince? ¿Dieciséis años? Dudaba que alcanzara los dieciocho. ¿Por eso trabajaba en aquel tugurio? ¿Lo sabrían sus padres? ¿Dónde estaba su marido? Impulsado por una súbita tristeza, levanté la zurda, llamando su atención.

—¿Desea algo, señor?

Su rostro fue como una mancha de luz, aún conservaba la inocencia de la juventud, la bondad que solamente los niños poseen.

—¿Puedes... traerme otra... por favor?

Ella me miró extrañada, turbada por el tono histérico de mi voz. La cocaína que Oskar me había regalado era magnífica, demasiado buena para mi gusto. Con un movimiento airoso, recogió el vaso y el cenicero lleno de colillas que rebosaban por los bordes. Mientras la veía marcharse, me concentré en el sinuoso movimiento de sus caderas, sin sentir el menor deseo por ella. Lo más seguro es que pensara que estaba borracho. Nada más lejos de ello, bebiendo cortaba el efecto de la coca que esnifaba desde hacía semanas, en las que apenas había comido nada. Como siempre, era incapaz de apreciar la felicidad que acompañaba a mis semejantes. Durante el largo día, docenas de niños corrían por las calles cubiertas de adornos navideños, acompañados por sus progenitores, protegidos con abrigadas ropas: botas altas para evitar la nieve, gruesos pantalones de pana, anoraks de piel, e impermeables de plástico. Secretamente, envidiaba la

confianza con la que conducían a sus pequeños, apresurándolos para llegar a casa a comer el pavo de Navidad. El canto de los villancicos debajo del árbol, la reunión de los miembros lejanos de la familia, el fuego cálido de una buena chimenea, las risas de armonía; imaginar esto me producía una melancolía imposible de soportar. Por la mañana, en Klingelhöferstrasse, un crío arrastrado por la excitación había echado a correr detrás de un perro vagabundo. El animal, un terrier que estaba a punto de morirse de hambre, no se movió. El niño le echó las manos al cuello, abrazándolo con ternura. El perro le lamió la cara cuando recibió su afecto, como si fuera lo único que necesitara. Desde el otro lado de la calle, el espectáculo me conmovió sobremanera, haciéndome añorar tiempos felices. En Broadway teníamos un bulldog al que, mi hermano Möhler y yo solíamos sacar a pasear por Central Park. Le hacíamos cosquillas, le tirábamos de las orejas, nos montábamos sobre él, corríamos intentando darle alcance... La joven regresó con la consumición que le había pedido: sobre la bandeja plateada, los cubitos de hielo bailaban dentro del vaso víctimas de una atracción imposible.

—Gracias —murmuré lo más sosegado que pude, controlando los violentos latidos de mi corazón, cuando depositó el vodka y un cenicero un poco mayor delante de mí.

Durante un instante, me quedé mirando su cara exhausta, vacía de expresión, tentado por entablar una conversación, por que me contara su historia para aplacar mi soledad.

¿De qué serviría? Lo más probable es que si hiciera tal cosa me rechazara, o se mostrara demasiado sorprendida (o asustada) por mi deseo de mantener una charla. Encendí otro cigarro, con la impresión de que tal acción no tenía sentido, pese a haberla realizado un millón de veces antes. Con angustia, me pasé la mano por la cabeza, buscando la sensibilidad que se había marchado hacía dos días. Estaba destrozado, mis pulmones eran estrujados por una zarpa invisible, produciéndome un dolor insoportable. La máquina de discos enmudeció súbitamente atascada; al parecer el disco estaba rayado. Las voces me llegaron con plenitud: carcajadas estruendosas, conversaciones insoportables, gritos desde gargantas laceradas. De inmediato, me encontré incómodo, estaba a punto de explotar. Una demencia insensata me dominó, creando una apretada bola de acero con mis entrañas palpitantes; la taquicardia era insoportable. El humo del Marlboro, una espesa niebla de contrición adherida a las paredes de mi vientre, hizo que sintiera ganas de vomitar. Un detalle que me distanciaba de mis paisanos era que únicamente fumaba cigarrillos americanos, igual que mi padre. El tabaco americano era mejor que el alemán (posiblemente mi imaginación daba un enorme valor a los pequeños detalles) o mi imposibilidad de conseguir cigarrillos alemanes en Estados Unidos aún me hacía consumirlos. El alcohol descendió por mi garganta y llenó mi estómago revuelto. Destruir mi bondad era el objetivo principal que me había asignado desde hacía semanas.

Delante del reservado, el grupo de ejecutivos brindaba por enésima vez. Eran seis en total, caros trajes de sastre cortados a medida de diversos colores, sentados en torno a una mesa cuadrada. Varias botellas vacías ocupaban la superficie atestada de maletines, periódicos, naipes, ceniceros llenos y copas a medio consumir. Dos jóvenes ramerías bromeaban con ellos, intentando simular más experiencia de la que tenían. La rubia que estaba de espaldas a mí, recibía toda la atención posible de uno de ellos: un tipo nervudo con una camiseta color limón manchada de sudor. La barba, que ocultaba su rostro enrojecido por la bebida, estaba salpicada de gris. Con la diestra se pasaba un pañuelo por la cabeza, enjugando la transpiración entre los pliegues arrugados. Ella rió por algo que le susurró al oído, mientras la mano de él se perdía dentro de la apertura trasera del vestido escarlata.

La otra mujer era morena, el cabello suelto le caía sobre los hombros tiernamente moldeados. Grandes ojos maquillados con profundas sombras, cejas finamente depiladas, labios sensuales pintados de un rojo intenso, vestido negro escotado por delante y abierto por detrás. Su esbelta figura se apoyaba indiscriminadamente en los hombres que la rodeaban, coqueteando como si estuviera en el patio del instituto, no en un prostíbulo de mala muerte situado en el extremo este de Kreuzberg. El ejecutivo de la derecha, indudablemente bebido, le besaba el cuello bajo las miradas libidinosas de sus compañeros. Ella se limitó a sonreír con desdén. Mientras encendía un Dunhill con

tranquilidad, otro le metió la mano en el escote, acariciándole uno de los pequeños senos.

Notaba la boca seca. Interiormente agradecí haberme puesto las gafas de sol: éstas eran una máscara perfecta y mis ojos penetrantes no se perdían un detalle. En realidad no era asunto mío, pero resultaba evidente que no podía abandonar el espectáculo desde que sus voces me hicieron prestarles atención. Concentrándome —tenía que matar el tiempo de alguna manera—, logré distinguir sus conversaciones:

—Mi mujer me amenazó que si esta noche no cenaba en casa, no volvería a hablarme nunca más —rió uno de ellos—. ¿Crees que esto es posible?

—Si yo fuera tú, no aparecería en una semana —se unió otro a la fiesta, burlón—. ¡Así te la quitarías de encima para siempre!

Una sensación de alarma se instaló en mi aliento. Las luces adquirieron un tono más preciso. Mis pupilas asimilaron el vasto espectro cromático que ofrecían las bombillas. Cerré los ojos doloridos, mil sensaciones martilleándome las sienes, mareado. Me encontraba perdido y no podía dar marcha atrás; los pecados recientes me aplastaban a conciencia.

—¿Quieres otro brandy, pequeña?

—Claro, ¿por qué no?

De un trago, la muchacha vació el vaso. El hombre que le había llenado la copa se quedó paralizado, asombrado, al

ver la facilidad con la que aquella niña le limpiaba los bolsillos. Con una sonrisa torcida, la joven los miró socarronamente, no sin cierto desprecio. Extendiendo el brazo, volvió a llenar el vaso hasta los bordes, con una elegancia que no pasé por alto.

—Propongo un brindis —proclamó ella con ironía—. Por la Navidad —Levantó la copa hacia el techo, llamando la atención de los ocupantes de la mesa—, por una próspera vida para todos.

Aprecié el sarcasmo que destilaba su voz bien modulada, un cínico humor destinado sólo para sí misma, como si de esta manera apartara la desolación que llenaba su interior:

—¡Por una próspera vida para todos! —repitieron al unísono, ebrios, brindando de forma intrascendente.

Sonreí de mala gana. Eran patéticos; burgueses de segunda fila, me hubiera encantado exterminarlos en una cámara de gas, al contemplar la banalidad de aquellos degenerados. Personalmente, detestaba el tedioso prólogo con el que llenaban sus estómagos bien alimentados con alcohol, antes de poner un puñado de marcos descoloridos en las manos de aquellas aspirantes a profesionales de alto nivel, y subir a los dormitorios superiores donde ellas corresponderían con la otra parte del trato. Era incapaz de apartar mi atención de aquel ángel que bromeaba con desesperada serenidad, una reina germánica de pura raza, que había quemado las ilusiones que la mantenían despierta. En su iris residía un conocimiento impropio para una persona de su edad, unos ojos de vieja en el precioso rostro de niña, que representaban perfectamente todo lo

que había perdido. ¿Por qué me gustaba tanto? Una extraña mezcla entre celos y compasión me invadió; deseaba levantarme de la mesa y romperles la cara a aquellos repugnantes ejecutivos. Una bilis pastosa se adhirió a mi paladar, la paranoia producida por la coca aumentaba, impidiéndome tragar saliva, mientras mil demonios recorrían mi interior. Deseaba la muerte del universo.

—¡Malditos bastardos —gruñí entre dientes—, os mataré!

Mis nudillos se resintieron debido a la presión: miedo, cólera, odio, frustración. Una arcada ascendió hasta la mitad de mi cuerpo, pero pude contener los deseos de vomitar. Con un gesto de dolor, solté los bordes afilados de la mesa. Profundas marcas recorrían la palma de mis manos. La geometría inscrita sobre la piel me recordó lo mucho que me odiaba, sin más razón que la del fracaso, que me había aniquilado.

La música se elevó como un ave, apagando el griterío que antes me había alterado. Irritado por la interrupción de aquel súbito pasatiempo, intenté atrapar algunos retazos, sin conseguir entenderlos, pese al potencial de mis sentidos. Nunca me había gustado la compañía humana, la gente era incapaz de comprender los sentimientos de los demás. La mayoría vivía demasiado ocupada de su propio bienestar, jamás llegaban a preocuparse por los problemas ajenos. Las personas que me circundaban habían quemado sus convicciones morales, si es que alguna vez habían poseído tal cosa. ¿Qué podían aportarme mis

alumnos? ¿Qué podía aprender de mis colegas de profesión? ¿Qué me podía ofrecer el futuro? El problema del mundo era la indolencia con la que los valores humanos eran tratados. Con dinero cualquier cosa era posible de conseguir: belleza, fama, posesiones, salud, sexo, respeto. Sin saber por qué, rememoré el acto de la Taberna de Auerbach, donde Mefistófeles se burla de unos cretinos y le muestra a Fausto su incapacidad de integrarse en la sociedad. Anhelaba prender fuego a aquel antro, limpiar la atmósfera enrarecida; por lo menos así entraría en calor. Encendí otro Marlboro, con mi atención sobre la figura esbelta de la muchacha, deseándola en secreto. Ella percibió mi tensa vigilancia y volvió el rostro en mi dirección, con una interrogación destellando en los ojos oscuros. Su consternación me atravesó como una puñalada; preso de la fiebre que desgarraba mi conciencia, quedé hipnotizado por la miseria que la rodeaba como un arco iris. Me pregunté qué me había conducido a aquella situación, intentando encontrar cielo entre mis cenizas. Durante unos segundos nuestros sentidos nos unieron en una eternidad sin nombre. Tal como vino, el interrogatorio terminó, apartando desdeñosamente la cabeza, ignorándome. Sus labios se unieron con los del hombre más cercano, enseñándome lo imposible que me resultaba alcanzarla. Aquella acción me molestó, la rabia retornó con renovadas energías, cortando mi aliento. La joven se puso en pie, dos ejecutivos la rodearon, marchándose de la reunión. No necesitaban dar explicaciones, abandonaron la mesa sin hacer ningún comentario, pasando delante de mi compartimento. La autocompasión me embargó cuando

llegaron al fondo del local, donde subió por las escaleras que conducían a los pisos superiores, con ambos hombres a su espalda.

Putá de mierda, pensé dolido por su rechazo. Ni siquiera me ha mirado.

Acto seguido recuperé el control, sintiéndome ridículo. Tenía la certeza de que si continuaba así, la presión que me invadía el cerebro me mataría, carcomiendo mi materia encefálica a conciencia. La rubia se quedó en la mesa, riéndose tontamente junto al resto del grupo, que estaba ansioso por llevarla a la cama. Sin duda, era menos inteligente que su compañera, mucho más ingenua; parecía que la madurez estaba asociada al dolor de vivir sin respuestas. Experimenté el deseo irracional de seguir al trío hasta los pisos superiores.

¿Para ocupar el lugar de los dos?, pensé asqueado por mi concupiscencia. ¿Por qué no te tiras por un puente?

Rápidamente me olvidé del tema; no era asunto mío. Me encontraba demasiado hecho polvo para tonterías. ¿A qué altura me estaba colocando con aquellas ideas? Aturdido, me llevé las manos a la cabeza, víctima de un ardor artificial que me hacía especular más rápido, por la simple voluntad de hacer realidad mis pesadillas. Una punzada me atravesó el costado como un dardo envenenado. El tacto de los objetos me resultaba hiriente: el peso de las abrigadas ropas, el vidrio gélido de mi bebida, la colilla

deshecha entre los dedos, los moldes del asiento contra mis nalgas, el canto de los codos en la mesa, mi pecho dolorido por la atmósfera sofocante, el humo que recorría mi interior. Todo adquiriría nuevos matices impregnados de deseo, repugnancia, tormento, culpabilidad. ¿Por qué perdía a las personas que amaba? ¿Por qué había sido tan egoísta? ¿Por qué no salía de aquel punto muerto de una vez? La visión que llevaba evitando durante todo el día regresó a mi mente con más virulencia que nunca: los cabellos esparcidos sobre el tocador, el centelleo del espejo sobre el rostro blanquecino, las muñecas abiertas de izquierda a derecha, la cuchilla de afeitar manchada de sangre, el charco púrpura que llenaba el suelo del dormitorio... Una negra depresión amaneció en el centro de mi esternón, ampliando su radio de acción con profundos embates. La miseria se extendió, la presa se había roto, haciéndome que me revoliera de pánico. Terminé el vaso con tanto ímpetu que los cubitos derretidos de hielo chocaron contra mis dientes. Me puse en pie, tambaleándome por los efectos del alcohol. Deposité un billete de cincuenta marcos sobre la mesa, pues no me importaba pagar más de lo que debía; tenía que largarme de allí lo antes posible. Recogí mis cosas; nadie me miró mientras salía del reservado, dejando atrás al grupo de hombres de negocios, al que había diseccionado en mis pensamientos con la misma indiferencia que un cirujano a sus pacientes. Caminé a lo largo de la barra y salí al exterior del local, sorteando al musculoso portero de más de dos metros de altura. Debía escapar de mí mismo (no me importaba no tener una meta) o terminaría cometiendo

una locura. Una corriente de aire helado estuvo a punto de derrumbarme sobre la acera. Tosí y me llevé una mano al pecho congestionado. Me apetecía caminar sin que nadie me molestara; despreciaba la compañía humana, no soportaba la mediocridad de la gente. Deseaba estar solo, evitar mis tétricos pensamientos. La noche interminable se avecinaba, dispuesta a demoler el resto de mis convicciones.

Para conocer el resto de la historia puedes adquirir el libro oprimiendo el botón “Comprar ahora”. El manejo de tu pago lo hace PayPal de manera confidencial y segura. Paypal maneja mas de 150 millones de cuentas en el mundo.

Y además las ventajas del libro electrónico:

TAN CÓMODO COMO UN LIBRO DE PAPEL, A MÁS BAJO PRECIO, A SALVO DE INCENDIOS, INUNDACIONES O POLILLAS.

Cuando adquieres un libro electrónico, puedes elegir los modos de lectura que te parezcan más cómodos:

Ajusta el formato del libro al tamaño de tu pantalla gracias a los botones de aplicación del PDF. No tienes por qué estar pinchando las teclas Page Down o ENTER por cada línea o párrafo que leas. Puedes hacer aparecer una página completa en la pantalla y disfrutar de una cómoda lectura sin tener que utilizar demasiado tus manos ni forzar los ojos.

***Imprime el texto completo o por partes según tu ritmo de lectura. Si no deseas quedarte varias horas frente a una pantalla, puedes imprimir el libro electrónico para tu uso personal. Es completamente legal
Puedes crear copias de seguridad que te permitan conservar el texto en tu PC, en un CD, una memoria USB o en tu propia cuenta de correo electrónico.***

ACERCA DE:

ALEXIS BRITO DELGADO. Tenerife, España. 1980.



Ha ganado en dos ocasiones el Concurso Porticano en las categorías de cuento y poesía, con el cuento *“De Cenizas en Cenizas”* (<http://porticocf.blogspot.com/2008/09/de-cenizas-en-cenizas.html>) y el poema *“Euforia (Sueño II)”*. (<http://porticocf.blogspot.com/2008/09/euforia-sueo-ii.html>)

Ha ganado el I Concurso de relato fantástico A.C. Forjadores, con *“El Navío Fantasma”*. Relato publicado en la 1ª. Antología Conmemorativa por la Asociación Cultural Forjadores de Amorebieta (Viscaya-Bizkaia) (<http://acforjadores.blogspot.com/2009/06/ganadores-i-concurso-de-relato-breve.html>)

Ha sido finalista del I Certamen Monstruos de la razón con el cuento "*Ruinas de Neón*" publicado en la Antología Conmemorativa por la Editorial Saco de Huesos S.L., Agosto 2009, España.

(<http://tienda.cyberdark.net/monstruos-de-la-razon-1-n17972.html>)

Ha recibido nominaciones en:

II Premio de las Editoriales Electrónicas 2009 con su obra "*He Aquí El Hombre*" (<http://www.revistanm.com.ar/content/008/index.html>)

En Fabricantes de Sueños 2009 con sus obras: "*Telarañas*" y "*El Fin es el comienzo del Fin*".

Entre sus influencias literarias destacan Arthur Rimbaud, Michael Moorcock, Henry Miller, William Burroughs y J.G. Ballard.

Mantiene un blog personal en: <http://alexisbritodelgado.blogspot.com/>